



INSTITUTO CARO Y CUERVO

FACULTAD SEMINARIO ANDRÉS BELLO

TRABAJO DE GRADO MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA

SERGIO MARCELO ROMÁN GARCÍA

INTERRUPCIONES AL VUELO DE UNA MOSCA

BOGOTÁ

2022



INSTITUTO CARO Y CUERVO
FACULTAD SEMINARIO ANDRÉS BELLO

GUIA PARA LA ENTREGA DE TRABAJOS DE GRADO

ANEXO 1:

BIBLIOTECA JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI

INFORMACION DEL TRABAJO DE GRADO

1. TRABAJO DE GRADO REQUISITO PARA OPTAR AL TÍTULO DE:
Maestro en Escritura Creativa

2. TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO:
Interrupciones al vuelo de una mosca

3. SI AUTORIZO NO AUTORIZO

A la biblioteca José Manuel Rivas Sacconi del Instituto Caro y Cuervo para que con fines académicos:

- Ponga el contenido de este trabajo a disposición de los usuarios en la biblioteca digital Palabra, así como en redes de información del país y del exterior, con las cuales tenga convenio la Facultad Seminario Andrés Bello y el Instituto Caro y Cuervo.
- Permita la consulta a los usuarios interesados en el contenido de este trabajo, para usos de finalidad académica, ya sea formato impreso, CD-ROM o digital desde Internet.
- Socialice la producción intelectual de los egresados de las Maestrías del Instituto Caro y Cuervo con la comunidad académica en general.
- Todos los usos, que tengan finalidad académica; de manera especial la divulgación a través de redes de información académica.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, "Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores", los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables. Atendiendo lo anterior, siempre que se consulte la obra, mediante cita bibliográfica se debe dar crédito al trabajo y a su autor.

IDENTIFICACIÓN DEL AUTOR

Nombre completo:

Sergio Marcelo Román García

Documento de Identidad:

1020747937

Firma:



La cultura
es de todos

Ministerio de Cultura

www.caroycuervo.gov.co

NIT: 899.999.094-6

Casa Cuervo (liberal)

Calle 11 No. 4-65, Bogotá, Colombia

Facultad Seminario

Andrés Bello

Quinta y Cuarta Norte, Km. 10 vía 800 metros, 080 (Declaratoria)

TEL: (57) 312 2151 | correo@caroycuervo.gov.co

contactenos@caroycuervo.gov.co



INSTITUTO CARO Y CUERVO
FACULTAD SEMINARIO ANDRÉS BELLO

GUIA PARA LA ENTREGA DE TRABAJOS DE GRADO

ANEXO 2

FORMATO DESCRIPCIÓN TRABAJO DE GRADO

AUTOR O AUTORES

Apellidos	Nombres
Román García	Sergio Marcelo

DIRECTOR (ES)

Apellidos	Nombres
Cárdenas Cerón	Juan Sebastián

TRABAJO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE: Maestro en Escritura Creativa

TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO: Interrupciones al vuelo de una mosca

NOMBRE DEL PROGRAMA ACADÉMICO: Maestría en Escritura Creativa

CIUDAD: Bogotá AÑO DE PRESENTACIÓN DEL TRABAJO DE GRADO: 2022

NÚMERO DE PÁGINAS: 56

TIPO DE ILUSTRACIONES: Ilustraciones 3 Mapas - Retratos - Tablas, gráficos y diagramas -

Planos - Láminas - Fotografías 1

MATERIAL ANEXO
(Video, audio, multimedia):

Duración del audiovisual: _____ Minutos.

Sistema: Americano NTSC _____ Europeo PAL _____ SECAM _____

Número de archivos dentro del CD (En caso de incluirse un CD-ROM diferente al trabajo de grado: _____)

PREMIO O DISTINCIÓN (En caso de ser Laureadas o tener una mención especial): _____



La cultura
es de todos

Ministerio de
Cultura

www.caroycuervo.gov.co

NTT: 809.999.096.6

Casa Cuervo Urbani

Calle 10 No. 4-65, Bogotá, Colombia

Hacienda Yerbabuena

Campus Ciudad Real - Calle 8 No. 300 - Bogotá, Colombia

☎ (01) 942 2121

☎ Línea gratuita nacional 01800011124
✉ contactenos@caroycuervo.gov.co



INSTITUTO CARO Y CUERVO
FACULTAD SEMINARIO ANDRÉS BELLO

GUIA PARA LA ENTREGA DE TRABAJOS DE GRADO

DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVES: Son los términos que definen los temas que identifican el contenido. (En caso de duda para designar estos descriptores, se recomienda consultar a la dirección de biblioteca en el correo electrónico biblioteca@caroycuervo.gov.co):

ESPAÑOL

INGLES

Dispersión, residuo, experiencia, híbrido,
humor.

Dispersion, residue, experience, hybrid,
humor.

RESUMEN DEL CONTENIDO Español (máximo 250 palabras):

Interruptiones al vuelo de una mosca es un proyecto de libro que se forma a partir de fragmentos. Cada fragmento está escrito a partir de una misma voz que indaga de manera lúdica sobre diversas vivencias que giran alrededor de la vida cotidiana.

RESUMEN DEL CONTENIDO Inglés (máximo 250 p

Interruptions on the Flight of a Fly is a book project structured from fragments. Each fragment is written from the same voice that inquires in a playful way about various experiences that revolve around everyday life.



La cultura es de todos
Ministerio de Cultura

www.caroycuervo.gov.co

NIT: 899.999.036 6

Casa Cuervo Ursani

Calle 10 No. 4-65, Bogotá, Colombia

Institución de Educación Superior

Escuela de Periodismo y Comunicación Social

Teléfono: (571) 342 2121 | Línea gratuita nacional: 018000111124

contactenos@caroycuervo.gov.co

TABLA DE CONTENIDO

Capítulo I: Modos de hacer.....	7
Capítulo II: Interrupciones al vuelo de una mosca.....	15

LISTA DE ILUSTRACIONES

Figura 1.....	5
Figura 2.....	6
Figura 3.....	6
Figura 4.....	9

modos de hacer

-La escritura como un cuchillo (pero de mantequilla).

En el año 2015 llegó a mis manos por primera vez *Lo infraordinario*, de Georges Perec. Confieso que nunca pasé de la introducción, pero eso fue suficiente para detonar una gran cantidad de preguntas que se tradujeron a su vez en metodologías que he desarrollado en mi práctica como artista. Pienso que la palabra metodología tal vez sea un poco rígida; la cambiaría por modos de hacer. En esos modos de hacer está entretejida una serie de afectos y, quisiera pensar, una postura ética.

“Quien nos habla, me da la impresión, es siempre el acontecimiento, lo insólito, lo extraordinario: en portada, grandes titulares”, empieza diciendo Perec. Más adelante dice: “Lo que realmente ocurre, lo que vivimos, lo demás, todo lo demás, ¿dónde está? Lo que ocurre cada día y vuelve cada día, lo trivial, lo cotidiano, lo evidente, lo común, lo ordinario, lo infraordinario, el ruido de fondo, lo habitual, ¿cómo dar cuenta de ello, cómo interrogarlo, cómo describirlo?” Y luego, “Pero nuestra vida, ¿dónde está? ¿Dónde está nuestro cuerpo? ¿Dónde nuestro espacio?”

En ese momento, en el año 2015, mi manera de reaccionar a eso fue hacer un dibujo que pondría acá pero que perdí y, por desgracia, nunca le tomé una foto. Se trataba de una primera página del periódico El Tiempo que tenía como titular “Ternero nace y se queda ahí”. En el espacio de la foto dibujé un ternero recién nacido.

Ese mismo año tuve mi primer taller. Era un apartamento esquinero, viejo y polvoriento, cerca a la Universidad Tadeo Lozano, al frente de unas esculturas que parecen torres de brownie. Ahí entendí lo que significa tener un espacio de trabajo, un espacio para explayarse en un

desorden con sentido (desorden consentido y consentido por el desorden). En mi pequeña obsesión por Perec llegué a mi libro favorito escrito por él, *Especies de espacio*. Ese libro trata sobre eso, sobre el espacio. Dice Perec en el prólogo: “El objeto de este libro no es exactamente el vacío, sino más bien lo que hay alrededor, o dentro. Pero, en fin, al principio, no hay gran cosa: la nada, lo impalpable, lo prácticamente inmaterial: la extensión, lo exterior, lo que es exterior a nosotros, aquello en medio de lo cual nos desplazamos, el medio ambiente, el espacio del entorno.” Esta vez sí me leí el libro completo. Hay algo en Perec que recuerda los postulados del arte conceptual (lo que no es casualidad porque coincide cronológicamente): hay una idea, un enunciado o una instrucción que determinan cómo será la obra de arte. Dicho en palabras de Sol Lewitt “la idea se convierte en la máquina que hace el arte”. Antes de escribir Perec piensa en un dispositivo, una manera de operar que es la que va a delimitar qué es lo que se escribe y qué es lo que no. En *Especies de espacio* el espacio se va desplegando desde el vacío. El primer capítulo se trata sobre la página:

Figura 1

1

Escribo...

Escribo: escribo...
Escribo: «escribo...»
Escribo que escribo...
etc.

De la página pasa a la cama, morfológicamente similar a la hoja, “el espacio individual por excelencia”. De la cama pasa a la habitación. Y en la habitación, que suele ser el espacio de trabajo de los escritores dice:

Figura 2

Pequeño pensamiento plácido nº 2

El tiempo que pasa (mi Historia) deposita residuos que van apilándose: fotos, dibujos, carcassas de bolígrafos-rotuladores ya secos desde hace tiempo, carpetas, vasos perdidos y vasos no devueltos, envolturas de puros, cajas, gomas, postales, libros, polvo y chucherías: lo que yo llamo mi fortuna.

Figura 3



Esta foto la pongo no por vanidad, sino para empezar a hacer hincapié en algo obvio y es que la creación sucede en un espacio: hay un cuerpo dentro de otro cuerpo que es la casa. Un cuerpo dentro de un estómago en palabras de John Berger: "Lo primero que preguntan los pintores con respecto al espacio que va a convertirse en estudio es siempre relativo a la luz. Y

uno podría pensar en los estudios como en una especie de invernadero o de observatorio o incluso de faro. Y, por supuesto, la luz es importante. Pero en mi opinión, un estudio, cuando se utiliza, es mucho más parecido a un estómago. Es un lugar de digestión, de transformación y evacuación. Es donde las imágenes cambian de forma. Donde todo es al mismo tiempo regular e impredecible. Donde no hay un orden aparente y donde se origina todo el bienestar. Un estómago lleno es, desgraciadamente, uno de los sueños más antiguos del mundo."

Después de la habitación, en el capítulo siguiente, Perec habla del apartamento. En el siguiente del inmueble. En el siguiente de la calle. En el siguiente del barrio. Luego de la ciudad. Luego del campo. Luego del país. Luego del mundo. Y finalmente, el espacio.

Algo de esa estructura se debió haber quedado en mí porque este manuscrito, *Interrupciones al vuelo de una mosca*, en el que recopilé textos escritos del 2019 al 2022, tiene una lógica similar. El primer texto tiene algo de originario. Viene de un ejercicio de clase, que nos puso a hacer la profesora Gloria Susana Esquivel, en el que teníamos que escribir algo a partir del primer recuerdo que tuviéramos. Después de ir profundo recordé que me gustaba jugar con mi propia mierda (me causaba fascinación), igual que le pasa a muchos niños. Encontré varias similitudes entre jugar con la propia mierda (con lo que sale de las tripas) y el ejercicio creativo. Escribir implica escarbar por dentro y darle forma a una materia prima endeble y difusa.

El siguiente texto lleva por título "Escribir sobre escribir" (que tiene una gran simetría con el "escribo que escribo" de Perec). En él un narrador sin voluntad escribe, casi de manera automática, mientras cuenta que está escribiendo. Este texto es una idea hecha máquina. Lo que resultó de esto, lo escrito, es puramente accidental o secundario, lo importante es la instrucción que dio lugar a su creación, esto es, escribir sobre escribir intentando describir el

acto de la escritura sin agregar más eventos. El año pasado me encontré con *El discurso vacío*, de Mario Levrero, novela en la que su narrador observa su caligrafía con intención de cambiarla y así cambiar rasgos de su personalidad, lo que él llama autoterapia grafológica. (Tengo pendiente el ejercicio de transcribir a mano *El discurso vacío* intentando dibujar las letras según lo que dice el texto). Encuentro que lo que me interesa de esta novela y que intenté hacer en este segundo texto es la reflexión, el quedarse quieto observando el acto de la escritura. (Me fijo en este momento en este texto que escribo. Las palabras forman un cuadro de texto. Un paisaje se intuye en los espacios blancos que abrazan a las letras. Esa es la otra carga: la letra A, nunca podrá ser otra cosa. La letra A es un triángulo al que se le prolongan sus catetos más allá de su forma. Por un momento intento ver la A y apreciarla solo por su forma y no por lo que significa).

En el texto que lleva por título “Las cosas de mi casa” me voy a mi habitación y empiezo de manera metódica y fría hasta cierto punto a describir lo que veo. Empiezo a hacer el ejercicio de buscar la vida desde las minucias, desde el polvo y las basuras que hay en mi cuarto. A mí y a mi cuerpo lo empiezo a buscar desde los pelos que se me caen. Sé que existo porque tapo el sifón del baño con los pelos que se me caen. Siento que en todos los textos hay una voluntad por reflexionar sobre la presencia de los objetos. Estoy escribiendo esto acostado en mi cama, no estoy solo: estoy en compañía de los objetos.

En el texto que sigue, que se llama “Sobre el oficio”, pero no es el oficio sino las ganas de hacer algo sin hacer nada, sigo describiendo la casa y sus pequeños eventos a partir de las moscas que me visitan. De este texto sale el título del manuscrito, *Interrupciones al vuelo de una mosca*, y es una declaración de intenciones. Es ahí donde describo la manera de operar del narrador evasivo que aparece en los distintos textos. Es una voz que deriva. Desde hace unos

años estoy reflexionando sobre el acto de caminar. Me he estado preguntando sobre ese acto primitivo y ubicuo. Se camina sin pensar, se camina automáticamente. Estoy interesado particularmente en un caminar sin rumbo: en la deriva. En buscar lo que a uno no se le ha perdido. Intento escribir como se camina.

Caminar es un ejercicio de ociosos. El que camina en la calle sin rumbo es por lo general alguien marginal. El que no está yendo a ningún lado se sale de la norma. Por eso cuando escribo estos fragmentos empiezo en un determinado punto y me dejo ir caminando hasta donde me lleven, no estoy interesado en resolver nada. Me interesa fijarme con atención, darle vueltas, como hacen las moscas, a lo insignificante, a lo aparentemente insignificante.

Por eso me fijo en lo que se podría llamar la experiencia sin experiencia. Son esos momentos en los que uno no suele estar presente. Esos aparatosos momentos que hay entre hacer una cosa y otra.

En el siguiente texto, que se llama El desorden de M, aparece por primera vez un personaje que va a seguir apareciendo hasta el final. Los textos en los que no aparece M están más dados a la dispersión, son más lúdicos e intentan ser chistosos. Todavía no entiendo muy bien qué es lo que hace que un texto sea chistoso. Tengo un gusto por los equívocos, por pensar “qué tal que pasara tal cosa”. Uno de mis artistas favoritos se llama Miguel Noguera, es un dibujante español.

Figura 4



Este dibujo de Miguel Noguera me hace entender que una de las claves del humor es el desvío: “en vez de esto, lo otro”.

Cuando estoy conversando con mis amigos quiero irme por las ramas, quiero que dejemos de hablar en serio, quiero molestar. Pero el humor es algo muy serio para mí. Es algo en lo que quiero buscar consistencia. Por eso estoy haciendo cursos de improvisación teatral en los que se analiza de manera juiciosa qué es lo que hace chistoso a lo chistoso. Me parece importante también comentar que hago stand-up comedy. Algunos de los textos, como el del fantasma y el del supositorio, los he parafraseado frente a un público con la intención de buscar risas. Siento que tienen un tono performativo.

Es en este punto donde puedo reconocer que este libro (futuro libro) tiene varios registros. Los textos en los que aparece M tienen un registro más grave. No sé si sea necesario mencionarlo pero mi experiencia con M fue traumática. Tuvimos una relación corta pero muy intensa. No creo que sea casualidad que en los textos donde hablo de ella hablo de su madre, hablo de su padre, y en otro hablo de mi familia. Al escribir sobre la casa de su madre, la casa de su padre y sobre mi familia, tímidamente estoy buscando pistas que me ayuden a entender el desastre que fue nuestra relación. De todos modos en ninguno de los textos voy a lo profundo de eso traumático que sucedió. Como yo escribí estos textos siento el trauma latiendo en el subtexto,

dudo que otros lectores lo perciban. Cuando pensé en como estructurar el libro imaginé los textos de M como una columna vertebral y el resto adheridos a esa columna: las tripas.

Y aunque hable de muerte en varias ocasiones y aunque haya una búsqueda escatológica del cuerpo, hay algo en el tono que no he encontrado otra forma de llamarlo aparte de ligero.

Para terminar quiero decir que la forma de diario del manuscrito me va a permitir añadir muchos más textos al conjunto.

Capítulo II: Interrupciones al vuelo de una mosca

Estoy en un baño azul.

Las baldosas del piso son azul claro

y las de la pared, igual que el inodoro, son de un azul mucho más oscuro,

tanto que parece negro.

Estoy parado al frente del inodoro (se abre como un vientre).

Las voces de los adultos se escuchan afuera.

Estoy sosteniendo mi mierda como si fuera un tesoro.

Estoy interesado en su forma,

reviso sus pliegues.

La sumerjo en el agua y noto cómo se derrite en mi mano.

Me gusta su consistencia, está blandita.

No hay ninguna otra cosa que quisiera estar haciendo en este momento.

Me siento algo agitado.

Estoy jugando como cuando juego con las cosas de afuera del baño,

pero esto es mejor todavía. Esto salió de mí. Esto lo tenía yo por dentro.

Y ahora está afuera, en el agua, en mis manos.

Pasa algo similar con estas palabras que estoy escribiendo:

están afuera, en el agua, en mis manos. Esto salió de mí. Esto lo tenía yo por dentro.

Me gusta su consistencia, están blanditas.

Estoy interesado en su forma,

reviso sus pliegues.

Las sostengo como si fueran un tesoro.

Me siento algo agitado.

escribir sobre escribir

Recuerdo empezar a espichar el teclado del celular. Empezaron a aparecer palabras que empezaron a formar frases. El conjunto de frases prometía un texto. Potencialmente podría tratarse del principio de un texto larguísimo. Lo contrario era posible también. Lo que sí era seguro es que esta no iba a ser la última frase. Yo seguí escribiendo, pero lo hacía de manera pasiva. Lo que yo esperaba era que, si seguía poniendo una palabra tras otra, llegado el momento algo empezaría a contarse: no podía ser solo un texto que se refiriera al hecho de escribir. O sí, hasta el momento lo era y en ese momento yo no podía estar seguro de que alguna historia, alguna serie de eventos empezara a desenvolverse. Paré un momento a pensar, me rasqué la cabeza, lo que me causó un inmenso placer. Aunque en realidad no pensé en

nada, o sí, pensé que tenía que seguir escribiendo. Si no escribía, nada se contaría. También era posible que, a pesar de amasar una gran cantidad de frases, nada se contara. Pero quizás era de eso que se trataba el texto, de evitar narrar evento alguno. Un ejercicio fallido, pensé, ya que esto que narraba, la situación que estaba describiendo, en la que yo estaba escribiendo este texto, era un evento en sí mismo. Una situación aburrida y sin sobresaltos quizás, pero una situación al fin y al cabo. Nada habría podido pasar que pudiera detener ese flujo monótono pero incesante, caudaloso. La escritura estaba teniendo lugar. Cuando una frase acababa empezaba la otra. Y sin embargo algo sí sucedió. Me empezó a doler la mano derecha. Tuve que detenerme un largo rato antes de seguir escribiendo. Hice algunos estiramientos de mano y el dolor no paraba. Seguí escribiendo, pensé que no tenía sentido parar solo por eso. Pero ahora tenía en mente algo más: el dolor. Ahora dos elementos empezaban a conversar: el dolor y la escritura. Me rasqué la cabeza antes de seguir escribiendo. Luego me rasqué la cara, en la parte baja del ojo. ¿Qué tendrán en común el dolor y la escritura? Pensé que era posible que tuvieran algo en común pero que tal vez no valía la pena perder el tiempo escribiendo algo al respecto. El ejercicio de escribir sobre estar escribiendo era mucho más placentero. Escribí una frase y la borré. Me rasqué la cabeza y seguí escribiendo. De vez en cuando eventos mínimos me permitían seguir escribiendo. Cada vez el texto era más largo y eso era lo único realmente importante. El contenido del texto empezó a pasar a un segundo plano. Lo importante ahora era la acumulación. Mi intención era fijarme en la forma. Estaba inmerso en una especie de espiral. Una idea llevaba a la otra dando vueltas sobre lo mismo en un ejercicio que potencialmente podría ser infinito. Pero al escribir esta última frase supe que estaba traicionando el sentido del texto. Eventualmente tendría que parar de escribir, ya fuera por cansancio o sencillamente porque el celular se me descargara. Pensé en los récord guiness y pensé en la mediocridad de este ejercicio. Esa idea me desanimó momentáneamente y tuve

que parar de escribir por un instante. Pero esas pausas siempre eran la materia prima perfecta para seguir escribiendo. Qué ironía que hacer nada fuera en este caso específico hacer más. Paré y releí esa última frase dos veces, tres veces. Quise fijarme en si se entendía lo que quería decir. Escribí otra frase y la borré. Era la segunda vez que me pasaba eso. Tal vez era un síntoma de que quería llevar este texto por un camino específico, cualquier alteración en el sentido podía desviarme. Me encontraba caminando por el borde de un precipicio, haciendo equilibrio para no caerme. Podría decirse que había empezado a caminar en un terreno firme y amplio, lleno de posibilidades, y ahora me había obligado a caminar en una cuerda floja. Pero qué habría pasado si me hubiera caído. Adónde habría caído y qué hubiera significado eso para este texto. Pensar en eso era inútil porque este texto se trataba de lo que estaba pasando y no de lo que no. Era como un tren sin luces en medio de la noche que no sabe a dónde va pero que no tiene más remedio que seguir andando en la carrilera. Caí en cuenta de que esas metáforas me daban la posibilidad de seguir escribiendo acerca de lo mismo. Pero por ahora se habían agotado. La única posibilidad que tenía era referirme a lo que estaba haciendo, es decir, escribir sobre estar escribiendo. Me imaginé que así se debía sentir alguien que se hubiera perdido en un desierto. Pensando siempre en las mismas tres cosas: teniendo miedo. Y tuve miedo.

el artefacto

Escribir una palabra, luego otra, luego otra, luego otra. Hacer que juntas detonen sentidos ambiguos y que al mismo tiempo sean como una flecha ("quiero hacer un cohete estético hermoso"). El método es simple, solo hay que decir: "esto se parece a esto", aunque no se parezca, asociar lo símil con lo disímil. Dicho en pocas palabras: hay que crear un artefacto. Ese artefacto tiene que ser tan volátil como certero. El lector recibirá el artefacto por los ojos pero, si es efectivo funcionará como un virus, se diseminará por su cuerpo. De manera automática habrá a quien le huela a mangos verdes. A otros les va a saber a arena la boca. Masticar arena se siente como masticarse la misma boca, como masticar los propios dientes. El artefacto implica el canibalismo de uno mismo. Comerse. El artefacto es violento como es violento el amor. Tiene que ver con el desgarrar de los afectos. No es que te toque las fibras sino que las reorganiza. Si el artefacto funciona como tiene que funcionar te desorganiza la casa mientras te la organiza. El artefacto debe ser como un zancudo agonizante, debe ser como una expedición de escaladores perdidos en el Everest, debe ser como un beso en la boca, como una caricia fulminante, como un ataque terrorista, como un incendio forestal, como un lápiz con la mina rota, como el pelaje de un tigre herido. Si el artefacto funciona logra conciliar el adentro con el afuera, y si es completamente efectivo demuestra que no hay ni adentro ni afuera: todo es agua.

las cosas de mi casa

En mi habitación hay pocos objetos. Una cama prestada. Un escritorio prestado. Unas cortinas prestadas. En el escritorio prestado hay una cadena regalada. Unos aretes que son míos. Una papa de cerámica que parece de verdad. Unas libretas que usé hace años y dejé de usar. Tres libros que nunca he leído. Otra cadena robada. Todo está cubierto de polvo. Toda mi habitación es polvo. Pedacitos de comida. Pelos de gato, pelos de perro: pero sobre todo pelos míos. Soy crespo. Tengo mucho pelo. Y por tener mucho se me cae. Dejo pelos por todas partes. En la almohada, en toda la cama, en la ducha. Todos los pelos que se me han caído taparon el sifón. Otros sifones de mi casa también se taparon. En especial el sifón del lavaplatos. Hay dos y los dos se tapan. Me estoy prometiendo hace meses que tengo que comprar soda cáustica pero no lo hago. Cuando salgo se me olvida la casa. Olvido los objetos de la casa porque otros me empiezan a habitar. Ya no hay platos ni vasos. Ahora hay cemento y suciedad. Voy a comprar una papaya o un mango. Vuelvo a la casa, preparo fríjoles. La mayoría de las comidas que me preparo se pueden hacer con cebolla y tomate. A veces uso ajo. Se me acabó la pimienta. En las tiendas que quedan cerca a la casa consigo pimienta en polvo. Esa pimienta no es buena para cocinar porque está rendida con harina de arroz. A mí me gusta la pimienta negra recién molida.

A continuación una lista de objetos ubicuos: sal, pimienta, jabón. Los seres humanos confiamos en el jabón más que en nuestras propias familias. Tengo una botella pequeña de Tabasco, ya está que se acaba. Los objetos tienen personalidad. Esto lo entendí el otro día cuando al lavar una olla y la estaba poniendo a secar le puse encima la tapa de otra olla. Esa imagen me recordó a un niño que se pone un sombrero del papá. Entonces: son los objetos los que tienen personalidad o es que mi mundo es tan pequeño (porque soy humano) que tengo que darle humanidad a los objetos.

Las canecas de mi casa se llenan muy rápido. Apenas las vacío se empiezan a llenar. Pasa lo mismo con el polvo. Barro el polvo y tengo siempre la sensación de que va a ser la última vez. Pero a la semana, para mi sorpresa, la cantidad de polvo es igual o peor, pienso para mis adentros. Mis adentros también están llenos de polvo.

sobre el oficio, pero no es el oficio sino las ganas de hacer algo sin hacer nada

En el apartamento donde vivo a veces llegan moscas, lo que es curioso porque vivo en un octavo piso. Si uno abre el ventanal, por ahí se meten las moscas que siempre entran en equipo, pandillas de unas diez o quince. No van hacia la cocina nunca, se quedan en la sala donde dibujan un remolino entre todas. Es raro que alguna se separe del grupo. Repiten este gesto durante días y luego se van. Un día quise hacer un ejercicio que reflexionara sobre la quietud. Es extraño que el vuelo de una mosca me remita a la quietud porque de lo que se trata justamente es de movimiento. Aunque no, no es de la quietud de lo que quiero hablar sino de un tipo de movimiento específico. Un movimiento repetitivo, circular pero impreciso, vago pero llevado a cabo con determinación. Un movimiento como el que hacen las moscas cuando vuelan. Me senté en el sofá y con un esfero de tinta líquida me puse a perseguir el movimiento de una mosca. Entendí que el vuelo de la mosca se caracteriza por un cambio de ritmo.

Primero van lento, vuelan casi con pereza, y luego repentinamente cambian la dirección del recorrido con rapidez. Por un momento perdía de vista la mosca que estaba persiguiendo con la mirada y en una fracción de segundo la volvía a encontrar. O encontraba otra mosca. Los dibujos que resultan parecen como torres enclenques. Hay que tener cuidado de no quedarse mucho tiempo en el mismo dibujo porque lo que sucede es que en vez de verse el recorrido lo

que se ve es una mancha negra. Una mancha negra es la mosca insistiendo en su recorrido. Insiste en ir por los mismos lugares por donde ha pasado ya, pero siempre de otra manera. Repetí el ejercicio diez veces hasta que me aburrí. Pienso en esos dibujos como unos diagramas de flujo de pensamiento. Ir hacia una idea con pereza y sin motivación, y a pesar de eso, quedarse ahí con insistencia, sin resolver nada. Pero en ese no resolver nada crear una estructura endeble.

Hay una cuenta en Twitter que me gusta visitar cada tanto. En la parte de arriba aparece el nombre de su dueño en minúsculas: wilson marin echeverry. Se unió en enero de 2018 y desde ese día sube todos los días un video casi igual al del día anterior y siempre lo acompaña del mismo título que dice “Soy Triunfador” #colombia #futbol. En el video que subió hoy tiene puesta una camiseta de la selección Colombia que le queda grande. Por la iluminación de luz blanca tenue que le cae justo desde arriba y sus parpados gigantes no se le ven los ojos, solo dos rayas negras. Don Wilson es un señor de aproximadamente setenta y un años, es orejón, ni gordo ni flaco: su falta de expresividad es perturbadora. El plano es casi siempre el mismo, tiene muy pocas variaciones. En el del video de hoy lo vemos a él sentado con mucho aire arriba, lo que revela algo de la arquitectura de su casa. También se ve una puerta de madera cerrada y más atrás un par de ventanas también cerradas que dan a otra habitación de la casa. De esas ventanas también sale esa luz blanca nefasta. El discurso es siempre el mismo: “Muy buenos días. Para aquellas personas que no me conocen mi nombre es Wilson Marín Echeverry. Soy entrenador de fútbol. Tengo muy buenas estrategias para hacer campeón a cualquier equipo del mundo”. Hay algo en la manera en la que modula su voz que pareciera revelar un mundo interior inquietante, por decir lo menos. Esta cadencia parece poner un abismo entre una frase y la siguiente. A pesar de tener un marcado acento paisa y una voz muy

gruesa, su manera de hablar resulta muy similar a la que le ponen a las máquinas para que sintamos que son máquinas y por lo tanto radicalmente distintas a nosotros. “Estoy buscando una oportunidad. Me gustaría dirigir algún equipo de la B. Prometo este año pasarlo a la A. Me gustaría dirigir algún equipo profesional de la A. Prometo este semestre hacerlo campeón. Prometo Copa Libertadores. Me gustaría dirigir alguno de estos equipos que van mal, como por ejemplo: La Equidad, Pasto o Deportivo Cali. Vuelvo y lo repito, tengo muy buenas estrategias para hacer campeón a cualquier equipo. Estoy buscando una oportunidad.” De repente sucede algo que no había sucedido en los videos anteriores, una ligera variación que acentúa el carácter repetitivo de los miles de videos que hay en la cuenta de Twitter de Wilson Marín Echeverry: un gato negro y pequeño se sube al marco de la ventana en la otra habitación, se lo ve por detrás del hombro del señor que, por estar de espaldas, no se percató de nada. Un indicio opaco más de la vida de este personaje. “Para nuestro entrenador de la Selección Colombia, señor Reinaldo Rueda. Señor Reinaldo Rueda, desde que empezamos el mundial siempre he dicho que no íbamos a clasificar por falta de estrategias. Señor Reinaldo Rueda, tenemos que ganar los nueve puntos si queremos ir al mundial, y esperar resultados. Para la selección Colombia: me gustaría dirigir la selección Colombia y prometo el mundial del 2026. Muchas gracias.”

Bajo con el dedo hasta un post del 21 de septiembre de 2020. El título es otra vez Soy triunfador. El encuadre que utilizaba en esa época era distinto, tiene el celular en la mano muy pegado al cuerpo, lo que lo obliga a girar la cabeza hacia abajo. Esta vez tiene una camiseta blanca con letras y dibujos azules oscuros que considero muy juvenil para su edad (se me pasa por la mente que el señor no escoge su ropa o que lo visten). Atrás, en el fondo, la imagen se divide en dos colores planos, la parte de abajo corresponde a una pared color curuba y la parte

de arriba, gris, corresponde al techo que tiene ese acabado en estuco y mucho relieve.

Empieza: “muy buenas tardes. Para aquellas personas que no me conocen mi nombre es Wilson Marín Echeverry soy entrenador de fútbol. Tengo muy buenas estrategias para hacer campeón a cualquier equipo de fútbol. Estoy buscando una oportunidad, me gustaría dirigir cualquier equipo profesional de la B. Prometo en este semestre pasarlo a la A. También busco una oportunidad con cualquier equipo profesional de la A. Prometo en este semestre hacerlo campeón. Me gustaría dirigir: Millonarios o Cúcuta, Jaguares, Boyacá Chicó, o Patriotas, o cualquier otro equipo que me quiera dar la oportunidad. Vuelvo y lo repito, tengo muy buenas estrategias. Me gustaría que alguien me diera la oportunidad para demostrarlo de lo que soy capaz. También me gustaría dirigir algún equipo extranjero, y prometo hacerlo un gran equipo. Muchas gracias”.

Me siento identificado con Wilson Marín Echeverry y su determinación blanda. Quiere una oportunidad pero no está dispuesto a hacer nada más aparte de subir esos videos cada día. Ahí mismo me encuentro a mi. Haciendo estructuras flojas, escudriñando en estratos endebles. Pensando en no mucho pero tratando de buscar explicaciones en el vuelo de las moscas.

las desventajas del confort

En un momento de profunda tristeza me vi escogiendo una cuchara por encima de otra. Pensé que si escogía la cuchara con el mango de madera eso me iba a hacer más feliz. Podría escribir que, al coger esa cuchara, de repente la tristeza desapareció de mi cuerpo. Pero la verdad es

que no fue así. Por más que hubiera escogido esa cuchara me seguí sintiendo igual. ¿Pero entonces de qué se trata todo esto? ¿Es una historia sobre el confort? No creo que se trate de eso, pero ese es definitivamente el punto de partida. Siempre hay un elemento que me obliga a sentarme a escribir estas cosas y esta vez fue la idea de preferir una cuchara con mango de palo por encima de cualquier otra de las cucharas que tienen mango de metal. Quizás sea bueno mencionarlo y es que en mi casa esa es la única cuchara que tiene mango de madera, más aún, no hay ningún otro cubierto que tenga mango de madera. En este momento no lo puedo recordar, pero esa cuchara debe ser la sobreviviente de un juego de cubiertos que era así, con el mango de madera. Ahora que lo recuerdo, esos cubiertos tenían una desventaja y es que al mojarse después de ser lavados eran incómodos al tacto. No es agradable comer sujetando una madera mojada. Sin embargo, cuando está seca la madera es más cálida que el metal, más agradable. No sé si esto le pase a todo el mundo, pero para mí es fundamental el momento en el que voy a escoger un vaso o una taza o un plato. Y no sé si mi fracaso actual se deba al hecho de que le doy tanta importancia al confort. Tal vez habría podido utilizar esas milésimas de segundo pensando en asuntos mucho más importantes como mi carrera profesional. Puede que esto suene absurdo, pero pensemos por un momento en todas las veces en que uno va a la cocina a coger un plato, un cubierto, una taza o lo que sea en un solo día. Si se suman todos esos momentos a lo largo de una vida se podrían acumular años de uno simplemente pensando qué cuchara es mejor que otra para un momento determinado.

Tan pronto tuve todos estos pensamientos no dudé en bajar a la cocina a botar esa cuchara con el mango de madera. También boté los vasos que a mi juicio tenían más ornamentos y toda la vajilla de Oaxaca pintada a mano. Dejé únicamente tres vasos convencionales, tres platos grandes, tres platos pequeños, tres platos hondos, tres tenedores, tres cucharas, tres cucharitas

y tres cuchillos. Todo lo demás lo metí en una bolsa negra que llevé al sótano. Uno por uno fui estrellando contra la pared cada uno de los platos, vasos y cubiertos inútiles que tanto se habían interpuesto en mi crecimiento personal. Cada pedazo de vidrio o loza rota lo volví polvo con un martillo y lo volví a meter todo a la bolsa negra.

el desorden de M

I

Me gusta habitar casas que no son mías. La última que llegué a conocer en todo su despliegue fue el apartamento dónde vivía M con su madre en el Parkway. A esa casa me fui metiendo de a poquitos. Durante los primeros días de nuestro amor, en los que yo era el amante porque ella tenía un novio, nunca entraba a la casa. Casi siempre iba en el carro y lo parqueaba al frente del pequeño edificio de tres pisos. M bajaba y nos dábamos besos a escondidas dentro del carro. Otro día ella me invitó a acompañarla a fumar dentro del parqueadero que hacia el final no tenía techo. El edificio era de baldosas amarillas y paredes azul clarito.

El primer día que entré a su apartamento me invitó a quedarme a dormir una semana porque su madre iba a estar de viaje. Era en el segundo piso del edificio, al que se subía por unas escaleras circulares.

La puerta del apartamento es gris y de metal, hace mucho ruido al abrirse y para cerrarla hay que hacer fuerza. En la parte interior de la puerta está pegado un aviso que dice "¡Sal con tapabocas!". Al espacio se entra por un pasillo angosto del mismo ancho de la puerta. Una débil penumbra ilumina un sofá pequeño de madera en el que hay un par de chaquetas. Al lado

hay una mesa pequeña con una bandeja de plata donde reposan unas llaves, una canasta con más llaves, y dos tipos distintos de alcohol en spray. Al final de ese pasillo está la sala y el comedor. Todo este espacio da a unas ventanas con rejas blancas. El piso es de madera oscura vieja. M me invita a seguir a su cuarto, está borracha porque llegó de un paseo.

Cuando entré al cuarto de M entendí por fin lo que era el desorden. El desorden es un ecosistema entrópico. El desorden dota de vida a los objetos. El desorden hace que las cosas aparezcan y desaparezcan. En otros casos habría juzgado a una persona que tuviera el espacio donde duerme en semejante desorden. Pero el desorden de M no era un desorden normal. Había una suerte de consistencia. Se tiende a asociar el desorden con dejadez, con el abandono de uno mismo, pero en los intersticios del desorden de M se podía leer una afirmación de la vida. En este caso el desorden era una postura ideológica. La manera en la que M había tirado una camiseta a un rincón me hizo entender más de ella que todas las conversaciones que habíamos tenido hasta entonces.

II

Pasaron seis meses en los que no entendí nada. Nuestra relación obedecía a un azar similar al que domina el desorden, a unas lógicas similares a las de la entropía. Nos llevó el que nos trajo. El desorden del cuarto de M se había expandido de tal manera que era imposible no pisar algún lápiz viejo, una caja de cigarrillos o una media huérfana al caminar. La configuración del espacio había cambiado definitivamente. Islas de objetos y montones de fotocopias viejas se interponían entre los dos. El desorden era tal que era imposible ya entender cuáles eran los objetos que lo componían. El cuarto estaba dividido en módulos: a pesar de estar en el mismo espacio M y yo casi nunca nos veíamos.

El día de la mudanza no hubo más remedio que empezar a echar todo en bolsas de basura negra. Sin clasificación alguna. En una misma bolsa iba un labial viejo, la tapa de un repelente, un cuaderno azul, una sola candonga, un tornillo, un encendedor, unos calzones, un tarro de vidrio sin tapa, otra bolsa dentro de la bolsa. El proceso de mudanza se alargó durante dos años. Todo el resto del apartamento se llenó de bolsas de basura negra con los objetos de M. La madre de M tuvo que alquilar dos bodegas de cien metros cuadrados para guardar las bolsas de basura que salían todos los días. Pasado el primer año, el desorden del cuarto de M seguía siendo el mismo del primer día de mudanza. Pilas de objetos llegaban hasta el techo formando un laberinto. Recuerdo el día en que M se perdió en su cuarto. Su madre y yo la buscamos durante horas, a riesgo de extraviarnos nosotros también. Entendimos que la única manera de no perdernos era atándonos a una cuerda que sujetamos por el extremo opuesto a la chapa de la puerta. El desorden había expandido el espacio del cuarto, ahora era casi tres veces más grande que el resto del edificio. Después de una búsqueda de seis días seguidos en los que ya se nos había acabado la comida y el agua encontramos a M dormida en un rincón, cobijada con varias camisetas. Le di un beso en los ojos y le dije que era hora de salir de ahí.

a este poema le hace falta un título

Hoy bañé a mi perro, soy un héroe.

Sentí compasión porque tenía frío.

A él se le caían los pelos y a mí el cielo.

Estábamos vulnerables los dos entre tanta espuma.

Yo cantaba una canción que me inventé para calmarlo

mientras pensaba en otras veces que di cariño.

Él cantaba otra canción para sus adentros

mientras pensaba en otras veces que fue herido.

ni tan rápido ni tan furioso

No sé por qué pero últimamente pienso mucho en polillas. En mi cuarto hay polillas a veces, normalmente no me importan. Dicen que se comen la ropa pero no me parece tan grave. El otro día vi una polilla y por más que intenté no pude sacarla del cuarto porque era muy rápida. A la hora de dormir, la polilla empezó a volar por todas partes y se puso a hacer mucho ruido. Pudimos haber convivido, pensé. Yo convivo con las arañas sin problema. Pueden estar en los montones de la ropa viviendo tranquilas y desde que no se dejen ver mucho ni se muevan tanto pueden hacer lo que quieran (pueden caminar en la cara si estoy dormido). Pero la polilla demostró no ser buena compañera de celda. Tuve que salir del sueño, prender la luz y

empezar a buscarla. No son particularmente rápidas las polillas. No son rápidas como este texto. Esta polilla era del color del oro pero sin lo brillante (como este texto). La polilla voló y voló intentando salvarse hasta que no tuve más remedio que tirarle una toalla para que se cayera al piso. Soy un asesino de polillas y eso no me hace sentir bien. A veces cometemos errores, pero esto ya era imperdonable. Puse a la polilla en un papel higiénico, estaba sangrando mucho, nunca me imaginé que una polilla pudiera tener tanta sangre por dentro. Me monté al carro y manejé lo más rápido que pude a un hospital. En el carro la sangre solo salía y salía y no dejaba de salir, tanto que se empezó a armar un charco en el asiento del copiloto. La sangre era del color del oro, brillante y todo. Intenté hacer que no se regara pero cada vez que daba una curva y derrapaba con el carro la sangre se esparcía por todas partes. En un determinado momento di un trompo, la calle estaba mojada porque hacía tres meses que no paraba de llover. Las ruedas chirriaron en el pavimento húmedo. Por acción de la fuerza centrífuga la sangre salpicó todo el carro. Yo quedé untado de sangre dorada de polilla por todas partes. Y aun así la sangre no paraba de salir, el charco del asiento del copiloto se empezó a regar al tapete, a las sillas de atrás del carro, a la palanca de cambios. Con las manos llenas de sangre dorada de polilla intenté quitarme un poco de sangre dorada de polilla de los ojos para poder ver algo. Volví a arrancar el carro y con la mirada un poco más despejada seguí mi camino hacia el hospital.

amparo

A las dos de la tarde salimos de mi casa M y yo, en el carro. Estábamos muy enguayabados y un poco peleados. Teníamos que atravesar Bogotá, el destino era el barrio San Antonio al sur

de Bogotá. Ahí vive el padre de M. Durante gran parte del camino estuve pensando en estrategias para hacer que dejara de estar brava conmigo. El reto era difícil porque yo me estaba sintiendo incómodo dentro de mi propia piel. Saliendo de mi casa había recién parado de llover, el día estaba gris y nublado. El tráfico de los sábados en Bogotá suele ser rudo, por decir lo menos. En un momento le mencioné a M mi teoría de que cuando la gente pita no está pitando porque le molesta el tráfico o tenga impaciencia de llegar adonde tiene que llegar sino porque está desahogándose de sus traumas de la infancia. A M le dio risa y eso me hizo sentir un poco más esperanzado respecto a nuestra tarde del sábado. Aunque tengo 32 años no me resulta fácil hablar con gente mayor que yo; en mi mente todavía pienso en la gente mayor que yo como 'los adultos'. Solo una vez, antes de ese día, nos habíamos juntado con su padre y en esa primera ocasión comimos pescado en un restaurante del centro y después fuimos a la casa de M. Mientras ella preparaba el café, su padre y yo nos quedamos en silencio sin saber qué decir. Al final el señor se durmió en el sofá. Dos cosas suelen ser infalibles en un padre, una profunda cara de tristeza y un cansancio prolongado e irremediable.

A veces pasa algo extraño con Bogotá: cuando la séptima se convierte en la trece, a la altura de la veintiséis, el clima empieza a cambiar, casi siempre, cuando uno se aleja de las montañas el sol es inclemente. La trece en esa zona está llena de edificios viejos hermosos que parecen aludir a una gloria del pasado. Hoy en día están abandonados y algunos okupados. La calle empieza a vibrar de otra manera: aunque la gente pareciera estar vagando en realidad está trabajando. Por ejemplo, un joven con unas gafas sin lentes, vestido con la camiseta de la selección Colombia, la cara sucia y la mirada perdida, estaba gestionando el tráfico. Su cara sucia contrastaba con unas decisiones muy certeras de su pinta. Cuando pasamos al lado de la ASAB el sol estaba más intenso que antes y nuestro guayabo aumentaba. Bajamos por la

Jiménez para hacer una oreja y tomar la Caracas. En esa oreja el paisaje de deterioro era distinto. En un sector lleno de talleres de mecánica y habitado por indigentes y algunas prostitutas está el Teatro San Jorge. Es un edificio azul cielo en ruinas estilo art decó con altorelieves en la parte superior. Un aviso vertical dice San Jorge. M me señaló el edificio diciendo que era uno de sus edificios favoritos de Bogotá. Mientras tanto, yo intentaba pasar por el poco espacio transitable debido a que había carros parqueados a ambos lados y mucha gente bloqueando el paso. Una hora y media después de haber salido llegamos a la casa en el barrio San Antonio, al sur de Bogotá. M me explicó que esa casa era de ella, que había sido un regalo de su padre. Como la parte de abajo la habían convertido en un apartamento que arrendaban, la entrada a la casa del padre de M era por unas escaleras que daban directo al segundo piso. Aunque había varias personas reunidas, se sentía una atmósfera apagada. Lo primero que llamaba la atención es que toda la sala estaba tapizada de bibliotecas, de piso a techo, llenas de libros. El padre de M me saludó como de costumbre, de la misma manera en la que se despide: hablando rápido, como si quisiera seguir con la próxima interacción. En la sala de paredes de color verde sobresalían dos viejitas, la abuela de M y otra señora que nunca entendí muy bien quién era, pero era familiar de ellos. Nunca sé cómo saludar a las viejitas. Hace un tiempo entendí que un beso era quizás muy íntimo, entonces le di la mano a las que estaban cerca y a otros familiares solo los saludé con la mejor sonrisa que pude. Más que una sonrisa, fueron las sobras de una sonrisa, con mi cara particularmente demacrada por el guayabo. Me dejé las gafas, aunque no las necesito para ver todo el tiempo, solo que necesitaba ocultar la cara. También porque me dan una apariencia respetable, como de haber hecho un doctorado. Fuimos a la cocina que quedaba pasando un pasillo estrecho para que la esposa del padre de M nos sirviera sancocho. Recientemente a ella la habían operado de unos tumores cancerígenos en la cadera. Me sorprendió ver que estuviera tan saludable. Desde el

momento que entré a la casa no supe qué hacer conmigo, no podía estar detrás de M todo el tiempo. Mi objetivo era observar las conversaciones de los demás para ver si podía hacer alguno que otro comentario. La señora, que no era tan señora sino más bien joven, nos sirvió un plato de sancocho de gallina, o mejor, de sudado porque casi no tenía caldo. Nos sentamos a comer mientras las demás personas se dedicaban a su conversación. Las dos protagonistas eran las viejitas. Hablaban de sus enfermedades. Todos eran paisas menos Amparo. Amparo era la más viejita pero tenía un dejo de fuerza y juventud en su voz, además de un antifaz de piel rojiza como los mapaches. Para un introvertido como yo tener un plato de comida en esas situaciones es un oasis. Uno se puede concentrar en comer, mirar a quien habla y de vez en cuando sonreír o reír si el momento lo amerita. El guayabo me estaba trayendo una serie de retos a mi motricidad fina. Cortar la pata de gallina, traer un poco de salsa, cortar la yuca y poner una cucharada de arroz para un bocado perfecto de sancocho requería de toda mi concentración. Amparo mencionó que el brazo derecho le dolía mucho por su artritis. Una señora más joven que podría ser la hija o la sobrina de Amparo mencionó que ir a la EPS no servía para nada porque los a los doctores solo les permitían dar acetaminofén. Otra señora joven que nunca entendí quién era estaba pintándole las uñas con cuidado a la abuela de M. M le dijo que ella nunca la había visto pintarse las uñas y la abuela le respondió que era porque ella se la pasaba todo el día en la cocina y que por eso se le dañaban muy rápido (ese es el tipo de interacciones que uno debe tener en estas situaciones y M es muy buena para eso). Luego la abuela le comentó a Amparo que ella tomaba un remedio naturista muy efectivo para la artritis. La que era la hija o sobrina de Amparo empezó a buscar el remedio en Google pero no lo encontró en ninguna tienda. La abuela de M contó que ella había conocido por casualidad al distribuidor que estaba en Sabaneta y que solo llamando a ese número le llevaban el remedio a los pocos días. Dijo que era mejor comprar cuatro cajas de una vez para que saliera más

barato. La señora joven le dijo a Amparo: “ah bueno, buenísimo”. Amparo asintió con la cabeza. La abuela de M se fue momentáneamente y volvió con una caja del remedio: “vea, Amparo”, dijo, “le regalo esta caja para que las pruebe primero a ver si le sirven”. Amparo hizo un silencio y luego comentó: “¿solo la caja? Pero la caja no me sirve para nada; yo necesito las pastillas.” Todos nos reímos. Me sorprendió que Amparo, a pesar de estar tan vieja (tenía 80 o más), tuviera la lucidez de hacer chistes.

A veces me volteaba a ver la cara de M. Sus ojos, su pelo y su piel, son de una misma gama de colores. Yo de cariño le digo que tiene todos los colores del Milkyway. A cualquier rincón que uno volteara había un objeto o en realidad había muchos, de distintas clases, unos guerreros de terracota de madera pequeños sobre una repisa y bustos de distintos filósofos. Colgado en la misma pared había un catálogo de distintas piedras preciosas y una muestra de cada una de ellas. En distintas partes de la sala varios retratos de Simón Bolívar, cinco en total, según la cuenta que hicimos con M. En la sala había una máquina de hacer ejercicio pegada a la mesa del comedor. Después de comer, M me llevó a ver toda la casa. La habitación del padre era amplia pero oscura porque las cortinas estaban cerradas y yo no me quise fijar en qué había adentro. Me dio vergüenza. Luego fuimos al cuarto que solía ser de M, pero que ahora ocupaban los huéspedes, y también a otro cuarto lleno de objetos. Al frente del pasillo que llevaba a la cocina estaba la puerta cerrada de la oficina del padre. Apenas daba para asomarse y justo M me dijo que a su padre no le gustaba que nadie entrara allí. La cocina era pequeña, con el mobiliario de madera. Desde este punto de la casa se sentía que todo estaba en su lugar, aunque en un equilibrio muy precario, como si existiera el riesgo permanente de que todo pudiera caerse en cualquier momento. La cocina daba hacia un cuarto de ropas abierto que podría haber sido un buen jardín, al menos en potencia, si bien se veía muy deteriorado por el

tiempo, como muchos de los demás espacios de la casa. Unas escaleras angostas llevaban a una especie de desván con buena vista, aunque lejana, a los cuatro puntos cardinales de la ciudad. Más adentro había una habitación pequeña a la que era difícil entrar por el tamaño de la puerta. Adentro de esa habitación solo había un camarote que ocupaba la mayor parte del espacio. M me contó que ese era el lugar en el que dormía cuando iba a visitar a su padre y que ahí se sentía segura. Me dijo que más tarde podíamos hacer una siesta ahí. Bajamos una vez más a la sala. Era el momento de cantarle el feliz cumpleaños a Amparo. Ella no lo podía creer y tampoco podía creer que se hubieran acordado siquiera de la fecha. Cantamos alrededor de la torta. Cuando fue el momento de que Amparo soplara las velas le costó mucho trabajo. Lo intentó una y otra y otra y otra vez. La abuela de M la alentaba: “usted puede, Amparo, usted puede”. Después de muchos intentos todos nos reímos y su nieta o sobrina le ayudó a soplar. Aplaudimos y Amparo se puso a llorar y dijo que hacía mucho no estaba tan feliz en su cumpleaños. Mientras tanto yo estaba sudando frío y con malestar general, a punto de recibir un pedazo de torta más grande de lo que yo quería. Evidentemente me la iba a comer sin decir nada. Me hubiera comido una torta completa antes de tener que admitir en ese momento que no me gusta la torta. El objetivo principal era pasar desapercibido, lo cual es difícil porque mi afro es muy llamativo para la gente. El detalle que me alegró la vida fue que la torta era de milkyway. He aprendido que la felicidad tiende a manifestarse en detalles. Y viene siempre así, efímera y arbitraria.

hablar de las grietas

Desde hace un tiempo uso Tik Tok con cierta frecuencia. Tik Tok funciona como una cascada de videos, uno no escoge lo que va a ver, sino que van apareciendo uno tras otro. Conforme uno interactúa con un video u otro el algoritmo va aprendiendo las preferencias del usuario. El objetivo del algoritmo y de la aplicación, como es bien sabido, es que uno pase la mayor cantidad de tiempo ahí. En este momento no me interesa hablar de la economía de la atención, ni de como el uso de las redes sociales altera nuestra manera de estar en el mundo. Hay algo en el algoritmo que es inquietante y es que tiene una cualidad plástica: todos los videos están conectados el uno con el otro así sean completamente distintos. Muchas veces pueden ser detalles mínimos. Para ilustrar esto voy a dejar de escribir y voy a abrir la aplicación. Me aparece un video del actor Jack Black en su cocina, está comiendo tacos y hablando con su esposa, es gordo y tiene una barba tupida y larga. En el siguiente video aparece un joven gordo de barba larga y tupida viendo a otra persona cocinar. En el siguiente video me aparece otro hombre gordo de barba larga y tupida gritando en un video que intenta ser chistoso. En los siguientes tres o cuatro videos el tropo del hombre gordo con barba larga y tupida desaparece para darle paso a una curaduría de gritos.

El otro día un volcán hizo erupción en las Islas Canarias. Después de haber estado todo un día trabajando frente a la pantalla del computador, decidí tomar mi celular para descansar mientras veía otra pantalla. Pienso que es un poco triste que mi manera de descansar se parezca tanto a mi manera de trabajar. Al final de cuentas de lo que se trata es de negociar con información. Tik Tok me lleva a una negociación con la información casi esquizofrénica. En un momento estoy aprendiendo a preparar un pollo frito entero y al otro estoy aprendiendo cómo se fabrican los ladrillos de bahareque. Puedo estar enterándome de que hay una conspiración que

dice que los pájaros no existen sino que son drones y al rato estoy viendo por primera vez cómo hacer aparecer metal únicamente con electricidad y un tipo especial de cloruro. Decía entonces que tomé el celular exhausto y me acosté en la cama. Quiero hacer un paréntesis para mandarles una maldición a todos aquellos que les gusta trabajar los fines de semana. Ya es la segunda vez en la semana que de dos trabajos distintos algún miserable propone que nos reunamos a trabajar un rato. No entiendo por qué la gente está tan enamorada de su explotación. No entiendo por qué la gente dice con tanto orgullo que no durmió nada por estar trabajando. Estoy completamente en desacuerdo con esto. Mi propuesta es que no hagamos nada. O bueno, que hagamos el mínimo posible. Cierro el paréntesis para volver al momento en el que tomé el celular para ver Tik Tok y supuestamente relajarme. No sé muy bien qué fue lo que sentí al ver un live de un volcán en erupción. La Tierra sigue. El volcán deviene espectáculo. Algo se me escapa. Pero quiero decir que se trata de un evento en medio de ese flujo de información. En medio del negro el volcán chorrea incesantemente.

lechón

Me desperté sintiendo que tenía un hueco en el plexo solar. M estaba a mi lado, sus piernas emitían un calor improbable para las seis de la mañana en Bogotá. Ella tenía que irse a su casa a trabajar. Supe que algo le pasaba por algunas inflexiones en su voz y por la forma que tenían sus ojos.

Volví a la cama, a la compañía de una botella de Gatorade vacía, una de Pedialyte de uva casi vacía, y medio burrito. Aunque era lo único que deseaba, no podía dormir porque a las ocho de la mañana tenía una reunión de un trabajo que no terminaba de entender.

Durante la reunión escribí un poema malo para M y luego fui a su casa a llevárselo. Mientras ella leía el poema se le aguaron los ojos y después le dio risa. Me fui de su casa con un mal sabor. Iba de afán porque a la una y media tenía un almuerzo con mis tíos, o sea los hermanos de mi papá. La cita era en una panadería que en la parte de atrás tiene un restaurante que se llama Castellana 104. Decidí ir en el carro aunque tuviera pico y placa, porque así tenía excusa para irme antes de que fueran las tres.

Llegué al tiempo que mis padres y mi tío Tavo, que es el mayor de los diez hermanos. Tavo es un neurólogo que vive en Texas y siempre ha sido muy admirado por todos mis tíos. Ver a mi familia extendida me produce un sentimiento híbrido entre el dolor, la melancolía y la felicidad.

Saludé a mis padres, a mi tío Tavo y a mi tía con un abrazo y unas palabras genéricas y entramos al restaurante. Dejé que todos siguieran de primeros y yo me fui al baño a lavarme las manos, no porque las tuviera sucias o me importe particularmente la bioseguridad, sino porque en ese tipo de situaciones el baño es un gran lugar para ganar tiempo, o mejor, para perderlo. El baño estaba mal diseñado: como la puerta abría hacia adentro le pegué con el batiente a un viejo muy alto que se estaba lavando las manos. Le pedí disculpas y cerré. Luego él volvió a abrir la puerta para dejarme pasar y me pidió disculpas a mí, no sé de qué, mientras me hacía espacio. Cerré la puerta de metal aunque no tuviera ganas de orinar. Esperé a que el señor se fuera y salí a lavarme las manos. El grifo se activaba con un sensor que apenas hacía

brotar un hilo de agua muy delgado. Me demoré un rato pero al final cogí fuerzas para ir a la mesa.

Tengo una relación muy estrecha con los baños. Especialmente con los baños de las casas porque es un lugar para estar auténticamente solo: una casa dentro de la casa.

Yo estaba visiblemente enguayabado y sudaba profusamente. En la mesa me encontré a varios tíos, tías y primas que me saludaron con mucho cariño. Varios me dijeron que se alegraban de verme porque yo casi nunca iba a las reuniones familiares. Abracé y saludé a todos y a algunos hasta beso les di. Aunque reconocía las caras, había olvidado el nombre de la esposa de mi tío Pacho. Mi tío Pacho es un experto en rayos. En un determinado momento de su vida se separó de su anterior esposa y se casó con esta de ahora, una mujer más joven. También decidió que quería que quería que todos sus hermanos y sobrinos le dijeran Fran desde ese momento en adelante. Para mí siempre va a ser el tío Pacho.

Me senté en la silla disponible al lado de mi tío Tavo, al frente de mis padres. El restaurante era bastante genérico. Pensado para que los oficinistas de la zona se sentaran en grupos grandes a almorzar. Las paredes estaban decoradas con fotos gigantescas de mujeres jóvenes comiendo pequeños pasteles elaborados o tomando té. Lo que seguramente fue un intento de decoración elegante terminó en algo muy vulgar, casi grotesco.

Me tocó al frente de la esposa de mi tío Pacho y su hija, a quien conocí alguna vez cuando era bebé pero ahora tenía dieciocho años y estaba apunto de graduarse del colegio. Ella me recuerda mucho a mi hermana, tiene los mismos pelos crespos y el mismo cuerpo flaco de cuando mi hermana tenía trece o catorce. Esa fue la edad en la que mi hermana dejó de jugar

conmigo y es lo que yo he identificado como un momento determinante en mi vida. El momento específico donde empezó la soledad.

La mesa larga estaba llena de primos y tíos. Se trata de una familia que ya pasó por sus mejores años. De los diez hermanos ya murió mi tía Toto y mi tío Kilo. Mi tío Kilo era pastor cristiano y toda la vida creyó que yo me llamaba Celso (como mi otro tío), o sea, Celso Marcelo y no Sergio Marcelo, que es como me llamo en realidad. Mi tía Toto fumó toda la vida, tejió en su telar obras maravillosas con las que nunca tuvo éxito y cuidó a mi abuelo en sus últimos años. Ya van tres veces que me sueño con mi tía Toto. Sucede lo mismo: ella viene a saludarme, su presencia me visita y me invita a volar.

El resto de los tíos se están poniendo viejos. Mi papá, que es el más joven de todos, se está poniendo viejo. Se entiende por las marcas en su cara.

El último en llegar es mi tío Nano. En sus años de gloria fue almirante. Llegó acompañado de su esposa, María Patricia, que lo tiene agarrado del brazo. Mi tío Nano tiene demencia senil y por eso es un acontecimiento que haya llegado a la cita. Todo el mundo parece feliz de verlo pero a la vez están destrozados por su estado mental. Se lo ve confundido, aunque por lo demás con buena salud. Reconoce a algunos, no recuerda sus nombres, sonrío. Se le olvidó hablar, solo puede decir algunas frases con mucho esfuerzo. Mi tía Pili, que compartió vientre con él, va a abrazarlo. Todos intentan poner su mejor cara, ocultar la tristeza, saludarlo con una sonrisa, demostrarle cariño. La etiqueta del saludo en este tipo de situaciones suele ser difusa. Solo los que tienen un tipo de humanidad muy preciso saben cómo navegar estas situaciones. Mi mamá siempre sabe. Dice las palabras exactas. Las que él quiere escuchar. Dice: “kiubo Nanito! ¿Tienes hambre?”. Mi tío se sienta en una silla al lado mío. Yo estoy

paralizado. Parece estar feliz de estar rodeado por su familia pero luce desconcertado. Mi tío Tavo nota mi incomodidad y me dice que me cambia de silla, lo cual me alivia.

Estoy sentado mirando hacia adentro. Me siento avergonzado de que mi chaqueta amarilla esté sucia en las mangas. No quiero mirar el celular porque sería de mala educación, entonces lo que hago es mirar entre las personas hacia puntos vacíos. Miro a mis tíos conversar. Mi papá está haciendo lo mismo que yo. Está al final de la mesa. Mi tía María Patricia nos cuenta de los cuidados que tiene que tener con mi tío Nano como si él no estuviera ahí al lado. Me pongo a ver el menú del restaurante en el celular. Como es usual, lo veo sin leerlo. Mi mamá me recomienda el lechón y la paella. Recuerdo que M me había contado que el lechón se llama lechón porque es un cerdo bebé que todavía está tomando leche cuando lo matan, de ahí su suavidad.

¿y usted qué haría?

Me volteé repentinamente con la certeza de sentir una presencia. Pensé que quizás era el perro, pero no. No había nada. O bueno sí, hubo algo. No se veía nada pero ahí estaba. Me puse a pensar en fantasmas. Me pregunto por qué cuando uno está en un carro no se le pasa por la mente que pueda haber un fantasma allí a bordo. Un fantasma en la parte de atrás del carro, por ejemplo, o en la silla del copiloto. ¿Y qué haría el fantasma en el carro? Aparte por supuesto de dejarse ver. Más allá de eso cuál sería su objetivo. De pronto intentar algún tipo de comunicación. Pero sería un intento fallido. El fantasma haría: “aaaaaaaAAaaAAaaAAA” y uno se asustaría. Se bajaría del carro. ¿Y luego? ¿A dónde iría? Seguramente si uno iba en el carro es porque necesitaba ir a algún lugar. Entonces quizás tomaría un taxi, muy pálido.

¿Señor, está bien? Eso preguntaría el taxista. Y uno le diría que sí, que tranquilo, que muchas gracias. Pero el taxista sería alguien con vocación por lo místico e insistiría porque sabe que algo le acaba de pasar a uno. “Tiene cara de haber visto a un fantasma”, y uno ensayaría una sonrisa formal y complaciente. ¿Y ahora?, pensaría uno, qué voy a hacer con el carro. Toca venderlo. Pero sería poco ético vender el carro y no avisar que viene con un fantasma. Que esporádicamente un fantasma se aparece. ¿Qué tan esporádicamente? No sabemos porque es la primera vez que se aparece. ¿Y cómo era el fantasma? Me imagino que sería un señor pálido vestido de negro. ¿Huele a algo el fantasma? Sí: huele a polvo. ¿O es el carro el que huele a polvo? De pronto con una lavadita el fantasma se va. De pronto el fantasma disfruta de los espacios llenos de polvo. ¿Pero qué fue lo que me quiso decir? El miedo se está transformando en curiosidad. ¿Es un fantasma de carro o se me va a aparecer en otro lado? En vez de bajarme del carro tan rápido me hubiera quedado. Le hubiera preguntado algo, ¿pero qué? No sé. Primero al menos el saludo. Hay que mantener las formas así sea un fantasma. Es más, hay que ser incluso más formal. Hay que respetarlo porque ya está muerto. Sin comerle tampoco, sin dejarse intimidar porque el carro es mío y él está de visita. Pero justamente como es la visita hay que tratarlo bien. Buenas, señor, qué se le ofrece. Algo así, pero con un tono amable. Buenas, cómo me le va. Pero el fantasma solo sabe hacer: “aaaaAAaAaAAaAAA”. Bueno, si me va a acompañar por favor al menos haga silencio, le diría yo al fantasma, tampoco me la voy a dejar montar. ¿Quiere que lo lleve a algún lugar o me va a acompañar adonde voy? ¿Y si tengo que recoger a alguien? Paila, de ahora en adelante toca que se hagan atrás solamente, tampoco me van a irrespetar al señor. Podrá ser un fantasma y podré haberlo conocido hace poco, pero el señor está muerto y ya se pidió adelante.

la lavadora

I

El pancake palpita en la sartén. Cociné un chorizo primero para que los pancakes se cocinen en esa grasa. Así soy. Estoy escuchando un podcast de un señor español que habla sobre la migración de latinoamericanos a Estados Unidos. Como le puse banano a la masa de pancakes los bordes se caramelizan, solo así se le hace frente al vacío (la herida que siempre llevo en el alma no cicatriza). Ayer también exageré. Hice un caldo de chorizo para hacer sopa de ahuyama. Sopa de ahuyama que me va a durar semanas o incluso meses. Quién sabe cuándo la vuelva a descongelar. Pienso que hacer pancakes es perder el tiempo premeditadamente. Es una actividad que raya con la no-actividad. Como fumar. Actividades que se parecen mucho a no hacer nada.

Es inminente, la lavadora se está dañando. Es inminente, cada día hay más silencio. Encuentro un poco de consuelo lavando la loza. Me distraigo mirando las formas que da el jabón. Las texturas y colores que se forman entre grasa y jabón. A veces la grasa café con jabón espumoso da un líquido de apariencia agradable similar al capuchino. Tengo un problema con la arrocera. Se le pega mucho el arroz y termina desperdiciándose mucho. La pega se queda ahí pegada. La pega es un tesoro.

Otro problema menor es que las sandalias de cuero que uso dejan huellas de polvo y grasa en el piso negro de la cocina. Tengo que cocinar descalzo para no ensuciar. Camino igual que mi papá, arrastramos las chanclas igual. Estas me las regaló él porque cuando vivíamos juntos yo

me ponía las suyas a toda hora. También me gustaba sentarme en su puesto en la mesa. Me decía que era mi deseo edípico de matar al padre para tomar su lugar.

La lavadora tiene monedas de cien por dentro. Cuando está secando la ropa hace un sonido de percusión violento. Un sonido de urgencia. Cuando acaba suena una cancioncita corta barroca en 8-bit. Un coreano decidió que eso fuera así. Un gesto de desolemnización radical. Todas las Samsung WB15U3 al final del ciclo cantan la sonata en sol mayor, opus 5, No. 4 de Handel.

II

Un hombre vestido de blanco salta en el interior de un castillo. Su objetivo es sortear los distintos obstáculos: huecos, chuzos de metal, pedazos de piso que se caen. No explican nunca a dónde va ni para qué. Es un juego de celular basado en Prince of Persia, el original lo jugábamos mi hermana y yo cuando éramos niños. Tengo grabada la imagen del protagonista cuando caía en los chuzos. Una pierna adelante y la otra atrás como haciendo un split. Su túnica blanca llena de sangre y la cabeza desgonzada. En la versión original está buscando a la princesa para rescatarla. En esta nueva versión solo anda por los distintos pisos del castillo. Voy cien niveles del juego lo que quiere decir que está en un castillo de cien pisos. Sube por deporte, para llegar más arriba. Yo lo ayudo. Espicho el botón que lo hace ir hacia adelante. Lo puedo hacer saltar o puedo hacer que haga un salto más grande. Su destino ya está determinado: tiene que seguir subiendo. Mientras pienso en mi hermana sigo subiendo pisos. Suena de fondo la lavadora.

Es la lavadora que dejó Ernesto en la casa y está empezando a fallar. Suena durísimo. El sonido que emite bien podría utilizarse para hacer una canción de techno. Ernesto también dejó algunos cubiertos, en comparación a los otros son más grandes y macizos. Yo no los uso. Utilizo los otros. La lavadora además de sonar duro a veces ensucia la ropa. Deja algunas

prendas con manchas que no tenían antes de meterlas. Tengo urgencia de lavar la ropa. Si no lo hago se hace un montículo en la esquina de mi cuarto. El montículo crece. Medias desaparecen irremediabilmente en el desorden. El cuarto empieza a tomar un olor característico. Mi presencia en el cuarto, para mi sorpresa, deja un rastro de olor. El cuarto me recibe, me deja dormir ahí dentro de él. Pero a cambio de eso me pide que lo limpie, es vengativo si no lo hago, me hace tener pesadillas. La semana pasada soñé que me hundía por dentro del colchón. El colchón era la puerta de entrada a otra dimensión habitada por el vacío. Me despertaba haciendo esfuerzo y me tomaba un sorbo de agua. Me volvía a dormir y volvía a soñarme lo mismo. Yo sé que es por no dormir bien que tengo estos sueños lúcidos. Pero se siente que detrás de ellos hay mensajes y premoniciones. Un futuro lleno de problemas y enfermedad. Me vuelvo a despertar. Agradezco estar de nuevo en esta dimensión en la que creo haber vivido siempre. Voy al baño. Deben ser las cuatro de la mañana por el frío que hace. Tengo ganas de comer chocolate. Voy medio dormido a la cocina y busco en la despensa o en los cajones hasta encontrar algo que funcione. No tengo chocolate. Tengo unas galletas recubiertas de chocolate. No saben a chocolate, saben a que intentan imitar el chocolate. Vuelvo a la cama.

las tragedias que le pasaron a mis amigos

Llegué hacia las cuatro de la tarde a la casa de Antonio. Era su cumpleaños. Compró lechona para varias personas para almorzar y pasar la tarde en la terraza del edificio donde vive. Me

senté al lado de Laura. Se estaba comiendo unos Tostacos ansiosa. Me encantan los Tostacos, me dijo. Laura a veces me mira con una compasión que no entiendo de dónde viene. Al rato de estar ahí sentados comiendo Tostacos con baba ghanoush me contó que había tenido un accidente. Yendo hacia Ibagué con un amigo la camioneta en la que iban se había resbalado y había perdido el agarre. Después de dar un trompo se estrellaron de lado contra una tractomula. De no ser por la tractomula se habrían caído a un precipicio. El golpe fue muy fuerte. Laura tuvo que pasar tres meses en un hospital en Ibagué. Una parte del intestino se le reventó. Tuvieron que operarla. Se salvó y le fue bien con la operación. Pero mientras el cuerpo se acostumbraba a tener menos intestino de lo normal tuvo diarrea durante casi un mes. Le dije a Laura que me alegraba de que estuviera viva.

Seguí sentado en el mismo lugar. Estaba sentado en un sofá en forma de ele con Samuel, Camila y Sofía. Sofía estaba triste. Su madre murió hace dos años. Hace tres meses murió su padre. Sofía tiene el alma suave. Por un error de la contadora ahora tenía que pagar una multa de veinte millones de pesos a la Dian de la última declaración de renta de su padre.

Cuando escucho las desgracias de los demás me siento mal. En lo profundo algo dentro de mí dice: menos mal que eso no me pasó a mí. Al mismo tiempo estoy pensando: una tragedia se avecina para mí.

A las siete de la noche llegó Ana. Venía agarrada del brazo de alguien que la estaba ayudando a caminar. Le hicimos un espacio en el sofá para que se sentara. Ya la terraza estaba llena de gente comiendo lechona, tomando distintos tragos y hablando. Ana nos contó que hace unas semanas se había despertado y ya no veía bien. Una autentica pesadilla. Ahora las líneas rectas las veía con varias ondulaciones lo que afectaba de manera severa su percepción del espacio. Aparte de eso ya no reconocía los colores sino que veía tonos sepia. Si cerraba su ojo derecho

por el izquierdo podía ver normal. Después de varios exámenes médicos que descartaban que se tratara de un tumor cerebral o de SIDA el doctor le dijo que tenía el nervio óptico inflamado. Con suerte entre tres y seis meses podía recuperar la visión como la tenía antes.

Ana tiene los ojos verdes.

Las enfermedades y las tragedias suceden de un día para otro. Son eventos que irrumpen en la cotidianidad.

La noche siguió pasando. Estábamos escuchando música y hablando. Cuando alguien cuenta una tragedia o una desgracia por la que está atravesando pareciera que se suspendiera la pose. Los demás, los que no estaban hablando de desgracias estaban hablando de ellos mismos, satisfechos de si mismos. Mientras tanto yo estaba ahí sintiendo vergüenza por tener cuerpo.

Hacia las dos de la mañana ya todos estaban borrachos bailando en la sala. Antonio no aparecía por ningún lado. Nina que es su novia y vive con él no parecía estar feliz por eso pero estaba ocupada haciéndose cargo de la casa y de los amigos de Antonio. Subí a la terraza y ahí lo encontré, estaba hablando con Danielle. Apenas llegué se quedaron callados y a los pocos segundos Danielle se puso a llorar. Yo la abracé porque la amo, somos amigos hace diez años. Quiero que mis amigos me duren toda la vida, estar ahí para escuchar sus desgracias y que ellos me escuchen las mías. Me contó que su hermano menor estaba muy enfermo de una falla renal. Ella debía donarle su riñón para que él tuviera chances de mejorarse. Ella estaba asustada.

bala

Pasé tres malas noches. Durante el día, al estar concentrado en el trabajo, no reparaba en eso, pero lo cierto es que mis idas al baño cada vez traían una sorpresa distinta. A veces tenía un poco de diarrea y luego un poco de estreñimiento. Tengo el intestino irritado porque recientemente tuve que tomar antibióticos. Para escribir este texto aprendí que al colon también se le conoce como intestino grueso. Puse en Google: “qué es el colon”, pero el buscador me sugería que fuera más allá, quería que buscara “qué es el colonialismo”. La verdad es que yo no me ayudo mucho. Estaba comiendo muy mal porque mi lógica es que si trabajo mucho puedo comer una hamburguesa de premio. Así que entro en un loop de comer mal y dormir mal porque tengo sueños en los que estoy en una suerte de competencia y nunca entiendo qué es lo que tengo que hacer, ni por qué estoy compitiendo. Lo que sí hay es una sensación de urgencia. Me despierto agitado, tomo un poco de agua y me vuelvo a dormir para volver a la competencia. Me estaba acostando con una cierta rigidez en la parte baja de mi vientre. Nada grave pero sí algo bastante molesto. Me dormía y al día siguiente lo primero en lo que reparaba era en esa sensación. Lamento ser tan gráfico pero me parece importante que quien lea esto se sumerja en mi malestar. En resumen, no me salían los pedos. Así que busqué en Google: “no me salen las flatulencias”. La palabra flatulencia tiene algún grado de cercanía con la palabra flauta, comparten la misma raíz. Según el diccionario etimológico la palabra flatulencia viene del latín flatulentia y significa: “cualidad del que se tira un pedo”. Sus componentes léxicos son flatus (soplo, pedo), -nt- (agente, el que hace la acción), más el sufijo -ia (cualidad). El diccionario sugiere ver: sufijos, otras raíces latinas, flato, flauta y también inteligencia. Eso me hace pensar que hay ciertos tipos de inteligencia que son similares a un pedo. Casi que cuando alguien está demostrando demasiado su inteligencia empieza a despedir un hedor. Por su parte, la palabra flauta, nos dice el diccionario etimológico, viene del

provenzal flauta y este del latín flatare (soplar) y este de flatus (soplo), la misma raíz que nos dio flato (gases en el tubo digestivo) y flatulencia (pedo). Según eso, el pedo o la flatulencia, cuando es sano, tiene un sonido que se asemeja más al de una flauta. Mis pedos sonaban como un trombón, algo que para mí tenía un carácter cómico al mismo tiempo que preocupante. Empecé a hacer ajustes a mi dieta y a comer las deliciosas frutas que ayudan a superar el estreñimiento: la clásica papaya y la pitahaya. Es bien sabido que la pitahaya es para casos extremos. La pitahaya es una fruta peligrosa, un artefacto explosivo que debe usarse con cautela. Agua de jengibre y salvia para bajar la inflamación y jugo de piña con sábila para limpiar el intestino. Al tercer día, a pesar de todos estos remedios, la cosa seguía igual, así que mi madre me sugirió que usara un supositorio. Mi relación con el ano es la que seguramente tienen muchos hombres heteronormados. Pienso en el ano como una especie de inquilino. Es otro ser que vive dentro de mí pero que es independiente, toma sus propias decisiones y sobre todo tiene un temperamento propio. Solo hasta hace muy poco me he empezado a hacer preguntas acerca del placer anal teniendo en cuenta que justo ahí está en punto G de los hombres. Pero la verdad no he llegado muy lejos en experimentaciones propias o con mis parejas. Picado entonces por la curiosidad, por el malestar y también por la idea que un artefacto mágico me haría sacar todas las cosas malas que llevo por dentro, decidí ir a la droguería a comprar uno. Primero había mucha gente comprando cosas, entonces me fui a dar una vuelta. Cuando volví le dije al señor que necesitaba un supositorio anal. Lo dije con una sensación parecida a la que sentí cuando compré condones por primera vez. El señor, sin inmutarse, es más, con cierta alegría, dijo “¡Ah sí!, los supositorios de glicerina” y me entregó una línea en la que venían seis. Cuando llegué a mi casa volví a Google para buscar cómo es que uno se mete eso. Entre los muchos videos que vi hubo una descripción que me llamó la atención, la transcribo a continuación:

COMO COLOCAR UN SUPOSITORIO

Acuérdense que el supositorio tiene forma de bala. Aunque suene raro, por seguridad "personal", la bala NUNCA debe apuntar al paciente. Si se lo coloca invertido, es rechazado por el esfínter anal y puede ser despedido a gran velocidad, impactando al enfermero.

De leer eso vino mi primera carcajada en tres días de enfermedad. Encerrado en el baño, como un niño que está haciendo algo que no debe, saqué la bala de su envoltorio plástico y la examiné por un momento. Me mojé los dedos con agua y procedí a metérmelo. Por estar parado el supositorio se quedó en la zona del esfínter anal. Mi inquilino no estaba permitiendo la entrada a sus aposentos. Analizando varios de los gráficos entendí que el supositorio debía quedar mucho más adentro. Pero, como no entraba, decidí quedarme ahí con eso a medias, tratando de pensar en otra cosa para vencer el impulso de sacar la bala del cuerpo. Me puse a ver videos en Tik Tok pero eso fue una mala idea. Cuando algo me parecía chistoso o llamaba mi atención, de alguna manera hacía una contracción involuntaria para sacar la bala. Estuve a punto de darme por vencido. Por más que me quedara quieto y por más concentrado que estuviera, siempre se salía. De modo que me puse a ver más imágenes instructivas hasta que di con un dibujo que mostraba a un hombre acostado de medio lado con una pierna ligeramente más arriba de la otra. Volví a intentar meter la bala, esta vez con especial cuidado y respirando profundamente. La bala llegó por fin hasta un punto en el que mi cuerpo la absorbió. Yo estaba perplejo. Después del esfínter anal yo ya no tenía control sobre la bala. Aquello se había hecho cargo. Me lavé las manos y me puse a barrer para distraerme.

flemas

Decidí ir a Honda a finales de diciembre con Daniela y otros dos amigos a pasar dos días. En la primera caminata que hice por el pueblo noté que todo el mundo estaba tosiendo. Lo que llaman tos de perro. Esa tos que utiliza todo el tórax como caja de resonancia. A mí me dolía la garganta desde Bogotá pero asumí que solo era una consecuencia leve del fin de semana. Daniela tiene un pastor australiano ovejero que se llama Saturno. Es blanco con manchas grises irregulares. Los pastores australianos ovejeros son perros (máquinas) hechos para el trabajo, son tecnología. Hay muy poco de animal en Saturno. Su naturaleza, lo que carga en sus genes, lo llama a hacer la labor para la que fue creado, es decir, arrear ovejas. Así que es difícil estar sentado en la sala conversando porque en cualquier momento puede llegar Saturno a morderte los pies suavemente para arrearte como la oveja que eres. Saturno persigue a Daniela todo el día, es como su guardaespaldas. Tiene un ojo verde y otro azul. No se queda quieto ni un solo momento. Incluso cuando duerme con Daniela se para cada diez o quince minutos para hacer rondas por el cuarto. La única vez que he visto a Saturno completamente quieto y tranquilo fue cuando tuve una crisis psicótica en la casa de Daniela. Yo me acosté en la cama y el perro se me acostó en el pecho con delicadeza y nos quedamos así por tres horas y si no fuera por el animal me habría vuelto loco. Había otra perrita salchicha, la raza se llama Teckel de pelo largo. Es otro tipo de tecnología, un animal de compañía diseñado para que el dueño la cargue a toda hora. Esta perrita solo dormía. Cuando salíamos a caminar al dueño no le gustaba que los perros callejeros del pueblo se le acercaran. “Renata, ven, es peligroso”, decía con un dejo de asco en la voz. En la noche el dolor de garganta se convirtió en mocos fluyendo desde los senos paranasales a la garganta, casi no pude dormir por eso. Tenía que sonarme a cada rato o escupir. Cuando por fin me pude dormir y al no poder escupir los mocos, la flema se fue directo a los pulmones y amanecí con una tos muy sospechosa. Yo había escuchado que

la tos del Covid era seca, entonces no me preocupé. El día que nos estábamos devolviendo tenía mucha tos mientras manejaba. Me daba vergüenza toser porque iba con Daniela y otro amigo en el carro. Entonces por guardarme la tos hice más tos. El pecho me hacía cosquillas. En algunos momentos ya era inevitable toser y la tos resonaba en mi caja torácica, tenía tos de perro. Yo me había metido a la piscina con el celular por distraído y por eso estaba incomunicado. Cuando llegué a Bogotá encontré un mensaje de M diciendo que varias personas con las que nos habíamos visto el 24 habían dado positivo. Ella misma estaba enferma desde el 15 de diciembre pero se había hecho una prueba de antígenos y había salido negativa. Yo asumí que se me había pegado su gripa. Esa noche me fui a dormir a la casa de ella. Ella lloró por algo que no me acuerdo y al final nos quedamos dormidos. Los dos teníamos tos y dificultad para respirar. Compartimos el Salbutamol en un último acto de amor. Al día siguiente por la mañana le avisé a todo el mundo que tenía Covid, a pesar de no haberme hecho el examen. Nada me olía a nada. Ni siquiera me olía el cigarrillo mañanero de M. Tuve una discusión con Alberto, él me dijo que no podía ir a dormir a la casa, a mi cuarto, porque él se iba de viaje con los papás a Costa Rica en cuatro días y no podíamos correr el riesgo de contagiarlo. Lo que hice fue buscar un cuarto de un hotel por Airbnb. M y yo habíamos planeado un viaje para finales de enero. Íbamos a ir en el carro hasta la costa Caribe sin rumbo fijo, nuestra primera parada iba a ser Doradal en el Magdalena Medio. Ahí ya habíamos ido en otra ocasión en que nos contamos los traumas asociados a nuestras respectivas familias y lloramos juntos. Por casualidad habíamos encontrado un cuarto de hotel que se veía muy bien. Quedaba en medio de un montón de construcciones blancas y calles empedradas. El Satorini colombiano, así le dicen. Lo mandó a construir Pablo Escobar y tuvo su apogeo en los años ochenta. No volvimos nunca a Doradal. Encontré un hotel en la 53 con trece. En las fotos se veía muy bien, pero cuando llegué me di cuenta que se parecía más a un

motel que a un hotel. En el lobby me entregaron la tarjeta de la habitación que quedaba en un cuarto piso. Al abrirse el ascensor me encontré con un pasillo estrecho y con una luz tenue. El piso, las paredes y el techo estaban cubiertas de un tapete azul oscuro con puntos rojos. En los cuatro días que estuve ahí nunca me crucé con otra persona que se estuviera quedando en el hotel. Al caminar por los pasillos se escuchaba el sonido de los televisores dentro de las habitaciones.

La habitación no era como se veía en la foto. Adentro había un pequeño pasillo muy oscuro y de ahí se accedía al espacio donde estaba la cama, que ocupaba casi toda la habitación. El cuarto era oscuro porque la poca luz que le entraba venía de una fila de pequeñas ventanas que daban hacia la 53. La vista: el Éxito de la 13 y la iglesia de Nuestra Señora de Chiquinquirá. El televisor, que era lo que más me había llamado la atención en las fotos, era muy pequeño. Lo prendí y la señal no entraba bien. Llamé a la recepción a quejarme y me dijeron que me iban a cambiar de habitación. M vivía en la 52 con 3, muy cerca de ahí. Por eso la 53 y toda esa zona funciona como un campo de fuerzas. Cuando entro ahí la química del cerebro se altera y me convierto en otro. Además, la 13 es un corredor comercial vibrante. Con M solíamos hacer derivas por la 13. Una vez perseguimos a un personaje que nos llamó la atención. Era un tipo con una camisa hawaiana amarilla y desteñida, unos pantalones de dril café muy viejos también y un maletín de cuero de esos en los que en las películas el personaje abre y se ven un montón de billetes, o algún diamante, o cualquier papel valioso. El señor habría de tener unos cuarenta años, era musculoso, alto, con el pelo largo, engominado y cogido en una cola de caballo. Una calva se adivinaba entre las hebras de pelo. Nos preguntamos quién era este personaje y adónde iba, así que nos desviamos de nuestra ruta inicial y cogimos la 13 en sentido norte, en dirección contraria a los carros. El olor de la 13 no

es el mismo nunca, oleadas de olor a grasa se intercalan y se mezclan con olor a exosto y a alcantarilla. Los frenos hidráulicos de los buses suenan como una ballena quejándose. Está haciendo mucho sol. Sol bogotano. Ese que quema la piel pero no calienta el cuerpo. Sol del altiplano cundiboyacense. Perseguimos al señor a una distancia prudente, deambulamos entre los puestos de repuestos para celulares y las tiendas de ropa interior para mujer. El señor se mete a una de las tiendas, va hacia el mostrador y abre el maletín mientras le habla al gerente de la tienda. M y yo miramos desde lejos, divertidos por la situación. De manera espontánea estábamos replicando la obra del artista estadounidense Vito Aconcci llamada *Following piece*. La acción trataba justamente de eso: perseguir a una persona hasta que entrara a un edificio. Vito Aconcci en Manhattan, Queens, el Bronx a principios de los años setenta y M y yo en la 13 en el año 2021. Pero nosotros seguimos persiguiendo al señor cuando salió de la tienda de calzones. Caminamos un par de cuadras más hasta que se metió a un pasaje comercial. Esperamos a que saliera y cuando eso pasó nos metimos a ver dónde había estado. Era un túnel de color amarillo pálido. Tenía tiendas muy pequeñas. En cada una había un viejo o alguna señora rodeada de cosas para coser. En una estaban hacinadas tres señoras casi idénticas, cada una con una máquina de coser y rodeadas de agujas, hilos, telas. Entre más uno se iba metiendo por el pasaje las tiendas empezaban a estar más vacías o incluso abandonadas. Otra era una bodega de maniqués. Llegar a ese lugar nos hizo olvidar al señor del maletín.

Me cambiaron a otra habitación que tenía vista hacia la 13. Esta era más pequeña pero tenía una ventana mucho más grande por lo que el cuarto estaba bien iluminado. La cama ocupaba, igual que en la otra, todo el ancho de la habitación. Me puse la pijama y me dispuse a toser con tranquilidad. A toser bien duro y a escupir las flemas. Aparte de la tos y la sensación de ahogo, no me sentía mal. Por fin me había contagiado, lo que quería decir que ya no tendría

miedo a contagiarme. Por otro lado, me emocionaba la idea de estar en un hotel en la ciudad en la que he vivido toda mi vida. Me sentía como un viajero dentro de mi propia ciudad o como un detective barato. Y encima, como estaba enfermo, tenía permiso para hacer lo que más me gusta hacer en la vida: nada.

BIBLIOGRAFÍA

Berger, J. (2001). El tamaño de una bolsa. Taurus.

Perec, G. (1974). Especies de espacios. Montesinos.

Perec, G. (1989). Lo infraordinario. Impedimenta.